

Maureén Maya Sierra

PIERO,
MI QUERIDO
PIERO

Biografía autorizada

ICONO •

Contenido

Prólogo: Piero, caminante de la música	
Por Adolfo Pérez Esquivel	13
Mi amigo Piero	
Por León Gieco	15
Introducción	17
Parte I	
1. Exilio	24
2. Partida	35
3. Toda una época	39
4. Primavera	44
5. José, una perfecta fórmula creativa	78
6. Música con pinzas	87
7. Colombia	91
8. Tiembla América Latina	119
9. Piero no es bienvenido en Colombia	126
10. Mi general Torrijos	131
Parte II	
11. Primeros encuentros con Dios	144
12. Huir de Europa	161
13. En Villa Devoto nace la música	181
14. El debut	191
15. La cosecha con José	212
16. El éxito	220
17. Llega el amor	275
18. Viaje interior	279
19. El regreso a Colombia (1975)	283

Parte III

20. El silencio del exilio (1976)	288
---	-----

Parte IV

21. El retorno	320
22. Renacer musical (Prema)	324
23. Entre lobos y corderos	329
24. Música sin broncas	334
25. Piero, el clandestino	342

Parte V

26. "Indra Devi, mi hija en otra vida"	360
27. Buenas ondas	385
28. Canciones X Derechos	404
29. ¡Que siga la música!	413
30. De Mendoza a Córdoba	427
31. La banda de Córdoba	436
32. Amor por Colombia	443
33. Azar y designio	451
34. Mariana, su nuevo y definitivo amor	459
35. Fin de la Fundación	463
36. Mucho más que un mánager	467

Parte VI

37. Todo por la paz	472
38. Un trío fantástico recorre América Latina	487
39. Piero regresa a los escenarios gauchos	489
40. América, su nuevo disco	490
41. Toda una vida	494

Parte VII

Hablan sus amigos	504
-------------------------	-----

Prólogo

Piero, caminante de la música

Hay artistas que dejan su huella en la mente y en el corazón de los pueblos; sus canciones y palabras caminan, concientizan y abren la luz a la esperanza.

Piero es uno de esos artistas que construye identidades y valores, que va reafirmando las pertenencias de todo pueblo y genera espacios de vida para que entre el aire fresco de un nuevo amanecer.

Fue sembrando canciones, como “Mi viejo”, que habla de esa pertenencia y de la ternura filial, y logra que varias generaciones se identifiquen con su contenido y lo apropien. Son canciones que pasan a ser parte de la memoria en la conciencia colectiva de los pueblos, que rescatan la rebeldía del artista que entiende que su mensaje debe ser de amor a la humanidad y de resistencia frente a la opresión. Esa actitud y ese compromiso suyo con la libertad y con los derechos de los pueblos, hacen que sufra la persecución de la dictadura militar y que deba partir al exilio en 1976, primero a Italia, su tierra de nacimiento, y luego a España.

Caminante de la música, Piero recorre caminos y con su canto siembra la esperanza en toda Latinoamérica; en los pueblos que descubren junto a él su identidad, como en Colombia, Centroamérica o Ecuador; países en los que se reconocen sus canciones como cantos colectivos por el derecho a vivir con dignidad, justicia y libertad. Son estos valores los que permiten la unidad social en los caminos hacia la liberación, como lo expresa en su canción emblemática: “Para el pueblo, lo que es del pueblo, porque el pueblo se lo ganó. Para el pueblo lo que es del pueblo, para el pueblo liberación...”.

Piero recibe diversos e importantes reconocimientos en su larga trayectoria como artista, entre ellos el Grammy Latino a la excelencia musical en el 2016, pero ninguno es tan significativo como el amor que le profesa su público en todo el continente americano.

Querido hermano Piero: gracias por la riqueza de tu mensaje; por tu coherencia y por tu compromiso con la paz de nuestros pueblos.

Adolfo Pérez Esquivel

Buenos Aires, 1 de abril de 2017

Mi amigo Piero

Por León Gieco
Cantante y compositor

Tenía catorce o quince años, estaba estudiando para una prueba de geografía en la casa de mi amiga Ester mientras su madre daba vueltas limpiando; de fondo sonaba muy bajito una radio Spika que no molestaba a nuestro estudio; al rato se produjo un momento mágico, algo que nos atravesó a los tres por igual: comenzó a sonar una canción, pareció como si alguien hubiera subido el volumen de la pequeña radio, pero no fue así. Esa letra y esa música cantada de una forma relajada con pausas y silencios, se impuso ante las miradas primero sorprendidas y luego llorosas. Era la canción “Mi viejo”, cantada por un muchachito que se habría pasado a la popularidad llamado Piero.

Yo amaba a mi papá, era una persona extraordinaria, trabajador, gran cantante, jugador de cartas y carreras clandestinas de caballos, además alcohólico, es más: murió de eso.

Yo dije: esta canción es para él. Qué iluso, todos los que la escucharon alguna vez pensaron igual.

Los días viernes en la tarde, a la salida del colegio secundario, nos recordábamos chicas y chicos de vernos en la misa del domingo a las 10:30 hs. Era un pretexto perfecto para luego cruzar la plaza y comernos una picada en la vereda del único bar que había el “Bar Grande”.

A la vuelta estaba la propaladora, una torre muy alta con bocinas arriba que transmitía las propagandas de las casas comerciales del pueblo y además pasaba música.

Éramos como diez entre chicas y muchachos hablando fuerte y riéndonos después de un vermut con soda. Hasta que todos o casi todos nos miramos sorprendidos, atentos y con nuestras miradas nos preguntamos ¿y esta canción? Así sonaba para todo el pueblo delicada y poética “Juan Boliche”, no dudé un segundo en darme cuenta que la voz de esa canción era la misma de la de “Mi viejo”.

Cinco años después viajé para siempre a Buenos Aires, grabé varios discos, compuse muchas canciones y con Piero coincidimos en algunos escenarios, los más recordados fueron los conciertos de Mercedes Sosa.

Pasaron en total cincuenta años y Piero volvió a sorprenderme; me invitó a cantar junto a Víctor Heredia por pueblos y pequeñas ciudades del interior de Colombia, Perú, Ecuador, Venezuela, y sin saber de todo lo que estoy contando me invitó a cantar una hermosa versión con guitarra, armónica y voces de “Juan Boliche”.

Todas las veces que la canto con él, me pasa algo maravilloso; me acuerdo de mi papá que de grande terminó siendo otro Juan Boliche, y también de mi adolescencia en ese pequeño pueblo del interior de la Argentina donde nació.

Gracias Piero

Introducción

Piero Antonio Franco De Benedictis es el nombre completo de quien en adelante será el protagonista de estas páginas.

Lo conocí hace algo más de veinte años, cuando yo era una estudiante de periodismo en la Universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá y por azar de la práctica académica —aunque orientada más por las propias inquietudes que por el peso de las asignaturas— asistí a mi primera rueda de prensa. La que en aquel momento convocó Pablo Milanés.

En realidad, más que interesada en escuchar al cantautor de temas de tanta recordación como “Yo pisaré las calles nuevamente” o “El breve espacio en que no estás”, acudí al Hotel Hilton de Bogotá con el firme propósito de enviarle un obsequio al comandante Fidel Castro: un álbum de recortes de revistas nacionales y extranjeras que demoré varios años en completar desde la adolescencia y que revelaban los sueños y la vida de quien se había consagrado como la mayor fuente de inspiración de varias generaciones de jóvenes idealistas: Ernesto “Che” Guevara de la Serna.

Finalizada la rueda de prensa, logré colarme en el ascensor del hotel y llegar a la habitación de Milanés. Me recibió su mánager, un hombre de ceño fruncido y ruda mirada, quien me hizo esperar frente a la puerta varios minutos mientras entregaba mi paquete al cantante cubano. Supongo que a Pablo le gustó pues me hizo pasar y amablemente —mientras sostenía en sus manos el álbum de recortes, una carta dirigida al admirado líder de la revolución cubana y una artesanía típica colombiana—, me invitó a su concierto de esa noche. En verdad nunca supe si los obsequios llegaron a manos del comandante, pero lo cierto es que aquel singular acontecimiento cambió mi destino, en cierto sentido, aunque no del modo que en principio lo había imaginado.

Estando en el coliseo cubierto El Campín de Bogotá, en el espacio reservado para los invitados, se acercó un joven abogado para entablar conversación. Fue él quien me propuso presentarme a un amigo. De esa manera, al estrechar su mano, conocí a Piero, quien también daría un concierto esa noche.

Amigos de la música popular de origen latinoamericano, simpatizantes de la izquierda política y con un profundo respeto por quienes se levantan en defensa de las justas causas sociales, mis padres tenían en casa la mayoría de sus discos. Familiarizada entonces con su presencia discográfica, el nombre de Piero no me era ajeno aunque nunca fui fan suya ni de ningún otro artista, de hecho, y con el paso de los años y el frecuente contacto con varios de ellos confirmé que ninguno merecía tanta devoción por más talento o poesía que desplegaran en sus canciones.

Desde ese día iniciamos una larga amistad, que con sus altas y sus bajas se ha mantenido en el tiempo, soportando incluso periodos de largo silencio o las desavenencias propias de la cercanía y de los viajes compartidos.

En 1996 volví a encontrarlo en una rueda de prensa en la Casa Museo Oswaldo Guayasamín, conocida como “La Capilla del Hombre” con varios artistas invitados a participar en el concierto “Todas las Voces Todas” en Quito, Ecuador. Pero en rigor, fue a partir de la “Marcha por las víctimas del paramilitarismo y agentes del Estado en Colombia” convocada en el 2008 por el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice), cuando se intensificó nuestra amistad. Tuve la oportunidad de conocer a su nuevo mánager, Sergio Perata, con quien surgió de inmediato una enorme sintonía, difícil de encontrar en cualquier otra persona.

Fue a través suyo que poco después, sin mediar investidura alguna, me convertí en parte de su equipo. “*Road manager*” fue el nombre que sugirió Sergio y que acepté pese a la molestia que me producen los títulos y el uso de anglicismos que asumo como resultado del imperialismo cultural del que aún no hemos logrado liberarnos muchos pueblos latinoamericanos.

Desde entonces, como parte de su grupo, sin serlo realmente, he tenido la oportunidad de recorrer junto a Piero y su banda –cuatro músicos excepcionales de la provincia de Córdoba (Diego,

“Pichi”, “Cachito” y Gustavo), su hijo Juan Sebastián y su director de tarima y de sonido (por así decirlo), Juan Lebek (con quien además me une un profundo cariño mutuo y una amistad de más de dos décadas)— distintas ciudades y pequeños municipios dentro y fuera de Colombia.

Han sido múltiples los roles que durante los últimos años he asumido junto a Piero; numerosas las causas en las que hemos participado, innumerables los momentos que hemos compartido y casi infinitas las historias que de él he escuchado. No obstante —me anticipo a señalar— que mi percepción sobre Piero siempre fue bien distinta a la que podía constatar entre las personas que le escribían anónimamente al “ídolo”, lo seguían a sol y sombra, lo aguardaban a la entrada de los hoteles, se colaban hasta su habitación o se aglomeraban ansiosos, incluso frenéticos, a la salida de los conciertos a la espera de una foto o un autógrafo.

Tal vez por mi tan cotidiana cercanía a él, muchas veces me resultaba incomprensible el entusiasmo que su figura despertaba —y despierta— en públicos tan diversos. Piero cumplía ya cincuenta años de vida en los escenarios y el fervor que provocaba, la locura adolescente en mujeres de todas las edades, era realmente impac-tante. ¿Por qué? No tiene la voz de un cantante lírico, no deslum-bra por su belleza física, no interpreta música docta ni cae en esa estridente vulgaridad que moviliza masas y tampoco es un erudito capaz de darnos las respuestas que necesitamos. Quizás se deba a que la mayor parte de sus temas, ya clásicos, son emblemáticos de un tiempo que condensa los valores de una utopía truncada. Sus canciones alimentan el alma, sacuden los sentidos, evocan mundos posibles. Pero ¿acaso esa simbiótica catarsis —pregunto nuevamente— da sustento a un fervor tan pronunciado e inefable?

Algunas veces le he dicho a Piero, entre bromas, que si cobrara por las fotos que la gente se toma con él, sería inmensamente rico. Nunca se niega a una foto, incluso no le molesta que lo levanten de la mesa de un restaurante o que lo atajen cuando regresa cansado al hotel. He sido testigo del amor que le profesa su público que, paradójicamente, no está integrado exclusivamente por vetera-nos de los desengaños que entonaron sus temas en el auge de las revoluciones posibles del siglo XX o contra las fieras dictaduras

militares que dominaron el Cono Sur, ni por mujeres afiebradas, sino también por muchísimos jóvenes y niños, cuyos padres, no en pocos casos, siguen emocionándose hasta las lágrimas cuando escuchan *La Sinfonía Inconclusa en la Mar*.

Esta adoración hacia “el Piero ídolo”, la he visto tanto en Colombia como en Ecuador, Chile y Venezuela. Por ello, tratando de comprender cómo se consolida una carrera musical a lo largo del tiempo, e intentando desentrañar el misterio de esa fascinación casi mística que despierta su proximidad con la gente, le ofrecí a Piero convertirme en su biógrafa.

No era, claro está, la primera persona que se lo proponía. Pero por cuestiones que aún no alcanzo a descifrar —entre las que sin duda tuvo que haberse colado la mano prodigiosa de nuestro querido Sergio— él aceptó y empezamos este viaje a través de su memoria.

Cuando le pregunté, en medio de largas conversaciones sostenidas dentro de un avión, en un hotel o en una calle cualquiera, la razón por la cual la gente se enamoraba tan locamente de Piero, queriendo develar la naturaleza de aquello que muchos llaman “carisma”, me respondió: “Porque yo amo a la gente, de verdad la amo desde el fondo de mi corazón y eso se percibe. El amor no se puede fingir”. Y es verdad, en él lo es. Lo he visto compartiendo con todo tipo de personas que se le acercan, escuchando con atención sus historias, brindando abrazos e intercambiando datos de contacto, sin poses de hombre importante o de practicante de la misericordia con los demás. Este comportamiento, debo decirlo, no lo he visto en ningún otro artista que haya tenido la fortuna o el infortunio de conocer personalmente.

Monstruo. Hace un tiempo cuando acudimos a un recital organizado por la Secretaría de Educación de Bogotá Humana, en medio de los desacuerdos, las premuras y los nerviosismos que siempre asoman antes de todo evento, cuando el público lo aclamaba y los organizadores trataban de empujarlo para que saliera a escena, Piero se detuvo tras bambalinas, movió la cabeza en círculos como si se dispusiera a entrar a un ring, se sacudió, alborotó su cabello ensortijado con los dedos, y con los oídos atentos, muy atentos al júbilo

de la platea, pidió calma. Solo cuando sintió que era el momento preciso, no sé cómo se percibe algo semejante, dijo: –¡ahora sí!– y avanzó sonriente hacia la tarima saludando a un público eufórico que no se cansaba de corear su nombre. Curiosamente ese día, en ese preciso momento, sentí que estaba ante un “monstruo”. Un ser mítico pero real, construido a través del tiempo, pulido en los abismos y en las contradicciones que reafirman, y muchas veces retan, la condición humana. Hoy más que nunca, consciente de su fuerza proverbial y de la luz que emana dentro y fuera de los escenarios, reconozco en él al fiel intérprete del sentir popular de un continente devorado por la amnesia, la confusión y la iniquidad, pero también consciente de los avatares que asolan a nuestra Gran Patria suramericana.

Piero siempre se ha resistido a hacer parte de un mundo bipolar, y contrario a lo que muchos de sus seguidores dan por cierto, Piero no es de izquierda, nunca lo ha sido, pero tampoco ha pertenecido a la derecha expoliadora y pragmática que durante décadas impuso la violencia en nuestra América indomable. Piero es un hombre que ha logrado permanecer junto a las grandes luchas sociales sin empeñar su corazón ni doblegarlo bajo el peso de las ideologías políticas. La enorme sensibilidad social que lo caracteriza, sumada a una más grande dosis de rebeldía, lo han motivado a estar presente en momentos de drásticas coyunturas, asumiendo siempre una férrea posición en favor de los perseguidos, las víctimas y los más débiles de nuestra historia.

Reconocimientos. Pese al enorme reconocimiento del que disfruta en la mayoría de nuestros países, a las atenciones que le extienden desde jefes de Estado, Premios Nobel, líderes políticos, figuras de la farándula hasta altos empresarios, Piero es una persona sencilla.

Claro que su lógica y su comportamiento, por más discreto y consecuente que sea, no son iguales a los de cualquier persona anónima. Es comprensible, considerando su historia y lo que él simboliza. Pero, más allá de eso, he descubierto que parte de la fascinación que despierta se debe a su real interés en la vida común de las personas comunes. Piero se deja querer y habitar por las

personas; acepta invitaciones, responde cartas y correos, incluso contesta el celular; se angustia con los pedidos de ayuda que recibe casi a diario y siempre les busca solución. Suele construir lazos de afecto sincero con las personas, porque no les teme ni a ellas ni al cariño que le ofrecen. Incluso hoy día, sigue siendo asediado por las admiradoras que se las ingenian para llegar hasta él con la ilusión de compartir un poco de intimidad.

Por supuesto, como nos pasa a todos, tiene las complejidades de todo ser humano, sus días buenos y sus días no tan buenos, virtudes y defectos, a veces peca de ingenuo, pero en el fondo es un tipo asequible, amable y sencillo que acepta, con el mismo agrado y con una sonrisa cordial, tanto el abrazo de un presidente como el de un campesino; el camastro de un resguardo indígena, el refugio en una casa de familia o el suntuoso confort de un hotel penta/estelar; y así como le place comer un almuerzo popular en un rústico restaurante de carretera también disfruta de un elaborado platillo servido en la elegante mesa de un palacio. Lo único que no come es pollo. Viaja indistintamente en micro, en auto de lujo o en bicicleta, en un superjet o en una avioneta destartalada.

Lo he conocido alegre, triste, optimista, derrotado, apesadumbrado, preocupado, de mal humor, enfermo o derrochando energía, tranquilo o irascible, pero siempre, su sonrisa y su palabra son las de un hombre común, el mismo hombre común que se propuso ser décadas atrás cuando rechazó la vida de un *Rockstar*, cuando se opuso a la mercantilización de su vida privada, cuando prefirió unir su destino a mujeres ajenas a ese mundo de luces de neón y se planteó, a través de su música, el deber de contar las historias de la vida sencilla de los hombre comunes.

Su coherencia e innovación artística lo han consagrado como un ícono de la música popular testimonial en el continente. Pasan los años, pasa la vida y Piero sigue siendo aclamado por millares de personas en todo el continente que se identifican con sus canciones y con su particular manera de amar y entender el mundo.

Parte I



1. Exilio

El 29 de julio de 1976 a las cuatro de la madrugada el timbre sonó repetidas veces en el apartamento 1474 de un edificio antiguo de fachada blanca y balcones de hierro forjado, ubicado frente al hipódromo en Palermo, el tradicional barrio de Buenos Aires.

Piero despertó sobresaltado, dudó un momento en abrir la puerta pero pensó que podría tratarse de alguna emergencia. Solo eso justificaría aquella osada interrupción. Quizás su hijo Juan, de menos de un año de nacido, quien vivía con su madre a corta distancia, hubiera enfermado, pensó, pero rápidamente concluyó que de ser así, y si hubiera alguna emergencia, Laura, la madre del pequeño Juan, habría llamado por teléfono y lo habría llevado a la clínica, no se habría aparecido así, de un momento a otro. De nuevo dudó y quiso asegurarse de que el teléfono estuviera funcionando bien, levantó el auricular, escuchó el tono y se tranquilizó. Supuso entonces que podía tratarse de esos grupos de adolescentes fanáticas que empezaban a seguirlo por todas partes, que se las ingeniaban para estar actualizadas sobre los pasos que daba, y con toda seguridad ya se habrían enterado de su divorcio y de su nueva dirección. No sería la primera vez que se atrevieran a llegar hasta su puerta.

Molesto y algo apesadumbrado se sentó en la cama. Volvió a mirar el reloj y aguardó en silencio hasta que otra andanada de timbrazos lo hizo saltar. Se calzó las pantuflas, se acomodó las gafas, y a tientas se encaminó hacia la cocina. Malhumorado atendió el portero eléctrico.

—Piero abrí, soy yo, Gabriela.

Era su hermana. “Algo muy grave debe haber ocurrido”, pensó mientras se acomodaba un pantalón de algodón gris y de prisa corría hasta el ascensor. El crudo invierno, quizás el más cruel que haya sufrido la Argentina hasta entonces, se hacía sentir. Ya frente a la puerta de acceso al edificio, el desencajado rostro de Gabriela le hizo suponer lo peor.

—Tenés que empacar y largarte de inmediato. Ahora; ya mismo.

—¿Largarme?, ¿pero de qué hablás?

—Vienen por vos, Piero —exclamó ella con la voz crispada.

Gabriela, angustiada como nunca antes la había visto Piero, intentó resumirle la dramática revelación que le había confiado Roberto, un exnovio con quien mantenía una amistosa relación. Luego de precipitarse al ascensor, entraron al departamento, cuya puerta Piero había dejado entreabierta. Tras atravesar el largo corredor, decorado con las pinturas y los coloridos telares que durante las giras latinoamericanas solían obsequiarle sus admiradores, Piero se paró junto a la chimenea al tiempo que su hermana, con voz firme, le ordenó empacar de inmediato.

—Tenés que irte de acá, ya mismo, o te van a matar como a tantos otros. Apúrate —le dijo, pero al ver su rostro surcado por el espanto, trató de ser más explícita—. Roberto maneja buena información, su padre es comisario y hace un momento estuvo en casa. Se arriesgó para avisarme que tu nombre figura en una lista negra y que esta noche vienen por vos. La cosa está fea, Piero, lo sabés mejor que yo. La orden viene de la SIDE², me lo dijo él, así que démonos prisa porque esos tipos no esperan.

Luis Politti ya se lo había anticipado. Piero recordó en ese instante el fortuito encuentro que había sostenido con él días atrás cuando, caminando por pleno centro porteño, decidió visitar a su amigo Miguel Gila; quien se había convertido en un referente muy importante dentro del arte militante en Argentina y cuyo camino no había sido sencillo ni había estado exento de los ataques que suelen darse contra quienes se resisten a traficar con sus ideas para complacer a los poderosos. Gila había sido un destacado humorista catalán que en tiempos de la Guerra Civil española —siendo militante de las Juventudes Socialistas Unificadas— se alistó en el republicano Quinto Regimiento de Líster. Cayó en Extremadura en manos del enemigo fascista y después de permanecer seis años en un campo de prisioneros, logró, gracias a la presión internacional, exiliarse en la Argentina. Le fue más que bien: A su actividad teatral sumó la comicidad de sus desopilantes diálogos televisivos que, a

2. Secretaría de Inteligencia de Estado.

mediados de los sesenta, le dieron gran popularidad. Con Piero le unían ideales y afecto mutuo, de modo que solían frecuentar bares y cafés de San Telmo, prolongando sus tertulias con otros amigos.

Cuando Piero llegó a la casa de Gila, la sorpresa fue mayúscula cuando quien abrió la puerta no fue Miguel sino Luis Politti, un afamado actor que había trabajado con los más prestigiosos directores argentinos, entre ellos Sergio Renán, cuya película *La Tregua* fue nominada a cinco premios Óscar en 1975.

En verdad, fueron muchísimos los villanos encarnados por Politti, pero tal vez el más irritante para el poder usurpador fue su personificación del mismísimo dictador Jorge Rafael Videla en el largometraje *Los traidores*, rodada por Raymundo Gleyzer en la clandestinidad y exhibida solo en sindicatos combativos y otros circuitos militantes.

El actor estaba pálido, desencajado. Su rostro, surcado por magullones y cortes, exponía una mueca de pavor que parecía habersele tatuado para siempre.

—¿Qué hacés vos por acá? —saludó Piero, absolutamente sorprendido.

—¡Uf!... ¡No sabés lo que me pasó!

Dos valijas grandes, situadas junto a la puerta, anticipaban una densa explicación.

—¿Qué pasó, Luis? ¿Te echó tu mujer?

—No, viejo, mucho peor que eso... ¿Acaso no te llegó la noticia?

—No, para nada. Contá.

—Fue el martes. Yo venía caminando por Esmeralda y Tucumán cuando de pronto se paró un Ford Falcon al lado mío. Ahí no más —en el centro y a plena luz— se bajaron unos cuantos tipos que en segundos me tiraron al piso, me pusieron una capucha encima y a los gritos y las patadas me metieron adentro del coche. Desde ese momento hasta que me largaron, dos días después, se turnaban para pegarme con saña. Estoy casi seguro que me llevaron a la Casa Rosada, la mismísima casa de gobierno, y no sabés el cagazo que todavía llevo encima. Sigo vivo de milagro. Así que me rajo del país.

Desaparición era un término asordinado que por aquellos días comenzó a tomar dimensión de tragedia. A Raymundo Gleyzer lo acababan de “desaparecer”, y el frustrado intento de secuestro

del actor Lautaro Murúa —quien logró escapar del país luego de permanecer una semana en la clandestinidad— eran razones de peso para tomarse en serio las amenazas y salir huyendo de la Argentina.

—Pero, vos, ¿qué hiciste?

—¿Qué, qué hice? —exclamó sobresaltado—. ¡Migue, Escuchá lo que este boludo acaba de preguntarme! ¿No sabés, mi querido amigo, que para que te agarren de las pestañas, para que te torturen a mansalva, te borren o te maten sin piedad, no hace falta hacer nada? Basta que escribas, cantes, actúes o digas algo que no les guste para que te pongan en la mira y... pum, adentro. Miráme, fijáte como estoy: lleno de golpes, pero vivo. Salvé el pellejo de milagro y no quiero morir; por eso —acababa de arribar el taxi— me largo ahora mismo.

Politti recogió sus dos maletas y a modo de despedida, antes de subir al coche que lo esperaba en la acera de enfrente, mirándolo a los ojos le advirtió: —ándate con cuidado pibe, las papas están muy calientes, queman, y esto se pondrá peor.

—¿Y a dónde te vas?

—A cualquier lado.

—¿Cuándo regresás? —alcanzó a preguntarle mientras Luis subía las valijas al coche.

—No lo sé, esas cosas nunca se saben. Supongo que cuando se vayan ellos...

Aberraciones similares se multiplicaban a diario en las calles de Buenos Aires, La Plata o Rosario, en todos lados. Desde la cúspide de los comandantes en jefe hasta los milicos —con honrosas excepciones— llevaban a cabo un siniestro plan de exterminio. Estas hordas adoptaron un solapado curso criminal ante la obligada pasividad —cuando no cómplice— de algunos ciudadanos en Argentina. Pero más allá de esta ciega tolerancia el miedo empezaba a contagiarse con una velocidad aterradora.

Entre la gente más comprometida políticamente, las novedades se transmitían entre susurros y cualquier presencia extraña motivaba el repentino cambio de rumbo en la conversación. La presencia de los oscuros Falcon se convirtió en sinónimo de brutalidad y desolación; también los vehículos militares que circulaban por la

noche hasta el amanecer sofocando la vida de miles de personas a lo largo y ancho del país. Muchos ciudadanos ya habían sido testigos de su llegada; aparecían en las esquinas de los barrios al amanecer, se estacionaban frente a una vivienda, golpeaban con rudeza las puertas o las tumbaban, ingresaban profiriendo insultos y amenazas, sacaban a rastras a las víctimas, les cubrían la cabeza con sacos de tela negra y entre gritos, patadas y acusaciones, los subían a los carros, dejando atrás a los familiares impotentes, llorando y suplicando, y las viviendas revolcadas luego de escarbar en cada rincón en busca de cualquier indicio, por mínimo que fuera, que les confirmara que la persona en cuestión estaba en asuntos subversivos.

Bastaba un libro de marxismo, una revista universitaria, un panfleto o un periódico partidario, un afiche del Che o un disco de la llamada música de protesta –cualquier cosa o nada– para que los señalados fueran encapuchados, secuestrados por los cuerpos de inteligencia del Estado y arrastrados a un destino de sevicia y crueldad inimaginable. De la mayoría de ellos nunca más se volvía a tener noticia.

Valijas. –Pero a mí ¿por qué? –razonaba Piero con su hermana–. Si yo no milito en ningún partido, no tengo nada que ver con política ni con nada... ¿No estarás exagerando, Gabriela?

Su hermana lo miró seria y abatida.

–Creéme que no hay exageración posible –agregó con voz pausada, intentando disimular la congoja que no pudieron ocultar sus primeras lágrimas–. Acá se llevan a todo el que resulte incómodo para este maldito Proceso (de Reorganización Nacional) y para ellos, vos y tus canciones son una piedra en el zapato. Además, como no sabés callarte ni pasás desapercibido, tenés que irte. Por tu vida y por la de tu hijo. Pensá en él. Juancito necesita un padre que siga vivo y eso es lo que vas a hacer al irte: vivir.

Con un gesto enérgico entró a la habitación, bajó de un estante la valija de cuero café y comenzó a empacar lo que Piero llevaría consigo. Se movía con tal presteza y precisión, acomodando las prendas seleccionadas en la maleta abierta de par en par sobre la

cama, que parecía estar preparando su propio viaje de vacaciones en vez de la partida de un futuro exiliado.

—¿Con una será suficiente, cierto? —preguntó ella.

—Pero claro, no me voy de por vida... —respondió Piero con resignación.

—Eso no lo sabemos.

—Pará un momento... Hay que pensar con calma.

—Nada, hay que darse prisa, pensaremos en otro sitio. Por ahora vamos a salir de aquí y luego ya veremos.

—¿Para ir a dónde? ¿Y Juan, y Laura?, debo avisarles.

—Estarán bien, no te preocupés por ellos. Ya la llamaré y le explicaré lo que sucede. Ahora no perdamos tiempo, hay que salir de aquí. Ya después veremos qué hacer.

Piero dejó que su hermana seleccionara la ropa que llevaría, sin atreverse a interferir; tomó de su escritorio algunos cuadernos y carpetas con apuntes de canciones, sacó un par de fotos de los portarretratos, dos libros que estaba leyendo por aquellos días: una antiquísima biografía de San Francisco de Asís que lo había acompañado desde la infancia y la novela emblemática del boom latinoamericano: *Rayuela*, de Julio Cortázar. Con suavidad apartó a su hermana, cerró la valija y tomó su guitarra más nueva.

Nadie podía saber cuánto tiempo duraría el exilio, si su salida del país sería transitoria o definitiva o si la situación política se normalizaría en dos semanas, en dos años o nunca. La única certeza era que ese paso hacia la más absoluta incertidumbre, debía darlo de prisa y sin demoras.

—¿Y ahora, a dónde vamos? —preguntó Piero, inquieto.

—A casa del viejo puede ser, aunque sería mejor un sitio en el que no se les ocurra buscarte... un amigo.

—¡El departamento de Arturo y Selva está al frente!... —exclamó y sin dudarlo tomó el teléfono para confirmar que estuvieran en casa y pudieran recibirlo. En un ambiente más seguro podría tomar alguna decisión.

Pensar que estaría a salvo en casa de unos amigos que vivían justo enfrente de su edificio parecía una locura, pero lo cierto es que allí no lo buscarían. Atravesaron la avenida en silencio y junto a la puerta del edificio, se abrazaron con fuerza. Piero besó la

mejilla de su hermana sin saber cuándo se volverían a reencontrar. Gabriela tenía los ojos rojos de tristeza.

—Te dejo en buenas manos —fue lo último que le dijo antes de alejarse como una sombra oscura bajo la noche.

Con un nudo en la garganta Piero atravesó la ancha puerta de vidrios biselados, subió al ascensor y marcó el número 14. En ese piso lo esperaban Arturo Puig y Selva Alemán, dos excelentes actores y formidables amigos.

Mientras ascendía por el ascensor, el espejo de la cabina le devolvió una expresión sombría que lo alarmó. Sintió que con este paso hacia la incertidumbre se partía en dos la historia de su vida. Empezó a sentirse mareado, se aferró a la baranda y se encomendó a la buena estrella que siempre había guiado sus pasos.

La puerta estaba abierta; sus amigos, expectantes, de pie junto a la entrada lo aguardaban con una sonrisa amplia. Tan pronto lo vieron aparecer se abalanzaron sobre él y lo abrazaron con fuerza. “Todo estará bien”, afirmaron al unísono con cierto aire de condescendencia. Piero lo sabía, tenía la extraña certeza de que así sería; aunque sus condiciones eran adversas, distaban mucho de la crueldad que debían enfrentar en carne propia muchísimas otras personas que como él, de repente, debían abandonarlo todo en una noche fría, dejar la familia, el trabajo, la casa hecha con tanto esmero y sacrificio, abandonar proyectos y empezar una vida nueva en suelo extranjero sin encontrar muchas veces una mano amiga.

Los tres se acomodaron en los sillones de la sala, trataban de sonreír, de obviar la penosa realidad para mantenerse serenos; pero, cuando ni siquiera habían transcurrido diez minutos desde que Piero cruzó el umbral de la puerta y dejó su maleta junto a la entrada, el chirrido de unas llantas contra el pavimento los estremeció. Como impulsados por un resorte saltaron de los sillones y con sigilo se asomaron a la ventana para confirmar lo temido: allí estaban ellos.

De dos (Ford) Falcon sin patentes descendieron seis hombres a quienes, en medio de la noche, nadie podría identificar a primera vista. Uno de ellos, el más fornido, logró con una patada brutal abrir la puerta y despejar el camino hacia el departamento recién